

abreviar y de comprender nuestras formas de ver el pasado, que ahora más que nunca se exhiben con una necesidad de reinventarse y renovarse para acceder a él con una llave que se inventa día a día, compleja, distinta, cambiante, fugaz, sin fórmulas de antaño, portando más bien el deseo infinito de llevar un montaje, un discurso, una nueva manera de mirar y acceder a esa puerta que entraña tantos misterios por develar. Falta ahora conocer esa fase siguiente al ojo fijo que tanto nutrió a

la vanguardia fotográfica mexicana a su episodio en movimiento. Está por verse y saberse esa historia que permitirá develar completamente el mito de ese hombre de las cámaras. Sigo convencida que los personajes eligen a su historiador; estoy clara que el joven Agustín Jiménez, vanguardista y locuaz, serio, trabajador e implacable supo que elegía a otro soñador concreto, que podría revelar la imagen latente que dejó en su legendario cuarto oscuro. De tal suerte que Córdova lo sacó de ahí imprimiendo

una magnífica copia fija de sus materiales, en una reconstrucción de vida y obra que de otra manera hubiese perdido su compleja característica del artista que rompió todos los prejuicios creados al cambiar un discurso visual por otro más complejo y de formas de trabajo colectivo; porque finalmente, lo que hemos encontrado en este rico texto es una historia atenta de la mirada, que tanta falta nos hace para saber qué caminos hemos deambulado, y cuáles nos faltan por andar.

## Es de caballeros

### Antonio Rubial

Jean Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2001.

**P**ara los especialistas en el periodo virreinal siempre es muy enriquecedor la lectura de estudios que hacen referencia a la tradición occidental, ya sea medieval o moderna. Este continuo acercamiento permite no sólo hacer fructíferas comparaciones, sino también evitar el error de considerar a Nueva España como un territorio con vida propia y autónoma de los procesos de Occidente.

Este libro de Jean Flori, como los otros suyos, abre una perspectiva fascinante sobre un fenómeno sociocultural que influyó en todos los ámbitos y territorios de Europa y América. La obra está dividida en tres secciones que abarcan los aspectos políticos, militares e ideológicos

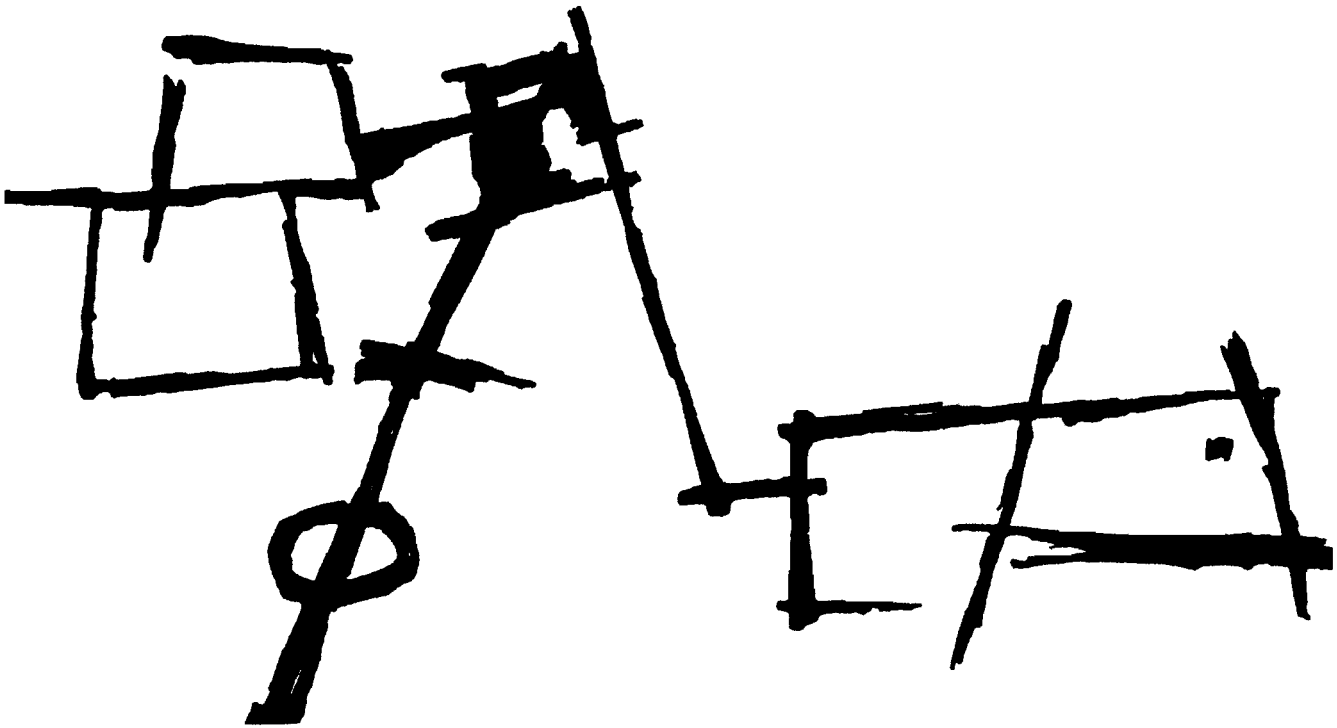
de la caballería. En la primera, que trata sobre las bases políticas, el autor comienza por remontarse a los orígenes (siglos III-VI) de la formación de las estructuras que tenían como base de su poder la presencia de guerreros a caballo.

De las tres herencias medievales, ni la romana ni la cristiana forjaron propiamente bases para el fenómeno, pues la primera basaba su ejército en la infantería; la segunda consideraba en sus orígenes la guerra como un mal cualquier derramamiento de sangre como homicidio. Por tanto, es en la herencia germánica donde podemos ver el embrión de la caballería futura: el vocabulario, las costumbres, las prácticas guerreras, la mentalidad y los valores.

De los pueblos de las estepas los germanos tomaron la veneración por el caballo y las armas, sobre las que se hacían juramentos para entrar en las asambleas de los hombres libres. Los hechos de armas y la va-

lentía en combate eran vistos como valores supremos. La valentía era un carisma, una virtud, el furor guerrero se consideraba de orden sagrado, místico y derivaba de algún animal, el doble, cuyas cualidades físicas poseía el guerrero.

La cofradía guerrera era una hermandad que desde la infancia creaba fuertes lazos de unión entre los que se dedicaban a las armas, siendo además hombres de una misma etnia. Por ello, en un principio, la conversión al cristianismo de los grupos germanos presentó serios problemas, pues carecían de términos abstractos para definir caridad, paz, perdón o amor al prójimo. Esto hacía casi imposible la transmisión del mensaje cristiano original a pueblos que practicaban la venganza como un deber cívico, familiar y religioso. Así, la religión cristiana fue sólo aceptada en la imagen que daba de un Señor de los Ejércitos, del Cristo victorioso y de los guerreros



vengadores del Apocalipsis. El cristianismo se fundió con esas prácticas sin cuestionarlas.

A lo largo de los siglos VI-X la cultura guerrera germánica tomó cuerpo y se insertó en el esquema feudal, en el que un grupo de hombres armados y a caballo se vinculaba por medio de promesas de fidelidad a un rey o señor, quien les otorgaba tierras o sustento a cambio de sus servicios militares. El esquema se consolidó sobre todo bajo el emperador Carlomagno —en el reino franco— quien expandió sus territorios gracias al apoyo de sus vasallos, entre los que se insertaron también los obispos, cabezas de las ciudades, y los abades de los grandes monasterios. De hecho, la concesión de tierras a cambio de fidelidad y servicio militar comenzó a darse entre los señoríos eclesiásticos desde antes de Carlomagno, pues era la única forma de allegarse grupos armados que los protegieran. A partir de entonces, la Iglesia comenzó a justificar teológicamente la violencia como método de conversión. En la conquista de los sajones, a principios del siglo IX, se impuso por primera vez un modelo de cristianización forzosa como parte del proceso dominador que influiría después en la conquista de América.

Tras la muerte de Carlomagno, las querellas dinásticas, políticas y militares y las oleadas de invasores normandos, húngaros y sarracenos desmembraron el imperio en una gran cantidad de principados. En Alemania, los reyes conservaron la autoridad sobre esos principados, pero en Francia no; aquí la fragmentación fue cada vez mayor acentuándose en el siglo XI. Salvo en Normandía y Flandes, donde los grandes señores conservaron el dominio directo sobre sus vasallos, en la mayor parte de Francia, incluidos sus satélites Cataluña e Ingla-

terra, el poder se fragmentó tanto que el verdadero dominio de los territorios se había concentrado en los grupos locales, en los alcaldes que gobernaban una o varias fortalezas y que se habían convertido en señores autónomos. En el norte de Francia algunos obispos reclutaban guerreros y se independizaban también del poder de los príncipes, convirtiendo sus sedes en fortalezas. Entonces ya no fue el conde, representante del rey, quien juzgaba, sino el señor local, un vizconde, castellano u obispo. Ellos explotaban a los siervos, quienes los obligaban a prestar servicios extraordinarios en la guerra y en las fortalezas, y quienes monopolizaban el horno y el lagar y cobraban peajes e impuestos sobre herencias. Controlaban, en fin, la defensa, la política, la economía y la administración de justicia. Es en estos grupos donde comenzaron a gestarse los ideales caballerescos que se verían reforzados con la reconquista española y, a fines de ese mismo siglo XI, en las expediciones bélicas contra el Islam denominadas las Cruzadas.

La caballería estaba ligada así a la mutación de la sociedad feudal de los siglos XI-XIII. Al principio, en el siglo X, el término caballero se refería a hombres de estratos humildes, vasallos menores y segundones dedicados al servicio de armas. Guerreros a caballo, pero siempre dependientes. A fines del siglo XI la nobleza comenzó a nombrarse también con este apelativo por la influencia del carácter heroico que se iba atribuyendo poco a poco al término. Así, en el siglo XI todo noble será un caballero, pero no todo caballero pertenecerá a la nobleza, muchos de ellos eran caballeros villanos e incluso clientes que prestaban servicio de guardia doméstico. Es decir, su ascenso social dependía de sus cualidades guerreras y de sus haza-

ñas en las Cruzadas o en los torneos. Ya en el siglo XII, aunque todos se nombraran caballeros, hay fuertes diferencias sociales en ese grupo que tuvo una conformación muy heterogénea. Sin embargo, con el fracaso de las Cruzadas y con la consolidación de las monarquías el ideal caballeresco comenzó a ser cada vez más aristocratizante.

La entrada a la caballería, que consistía en una ceremonia caracterizada por la entrega pública de las armas, comenzó a tener restricciones a causa de los altos costos, tanto del festejo como del equipo, armamento, caballos y del tiempo libre para el entrenamiento. Todo esto eliminaba a quienes no se lo pudieran costear o no tuvieran un patrono que se los pagara. La caballería se convirtió poco a poco en una institución que durante la guerra de los Cien Años sólo abarcaba a un reducido número de hombres armados a caballo. Finalmente, durante el Renacimiento el ideal caballeresco original se iba convirtiendo cada vez más en un ideal cortesano y el caballero guerrero se volvía un mito.

En la segunda parte, el libro se dedica a describir cómo influyó en la caballería la principal actividad de estos hombres, la guerra. A pesar de no formar propiamente una clase social, y proceder de estamentos económicos muy diversos, tanto los señores como sus subalternos detentaban un poder que les daba el ejercicio de la violencia armada y el monopolio de la guerra. Sin embargo, hasta las Cruzadas, las guerras eran locales y no estaban asociadas con batallas, sino con la toma de fortalezas y con hacer razias destinadas a devastar el territorio del adversario por medio del saqueo.

Al interior de Europa todavía en los siglos XII y XIII en las verdaderas batallas fueron excepcionales, y no fue sino hasta la guerra de los Cien

Años que se volvieron comunes. Para Flori, a lo largo de estas guerras de saqueo y de las Cruzadas se llevaron a cabo una serie de innovaciones, siendo la principal de ellas la adopción de un nuevo método de combate que ponía énfasis en la carga con la lanza en posición horizontal. Una verdadera revolución cultural exclusiva de los caballeros, cuya efectividad dependía no de la fuerza del brazo sino de la velocidad del conjunto caballo-caballero y de la agilidad de éste para mantenerse firme sobre su cabalgadura. Alrededor de esta forma de combate se generó una ética, un código y una ideología que distinguía a los caballeros de los demás combatientes que utilizaban arcos, ballestas, hachas y espadas. Esta forma de combate, sin embargo fue ineficaz en las Cruzadas, pues los turcos practicaban la técnica inversa, evitando combates frontales y utilizando las flechas. Poco a poco fueron adaptándose, por tanto, diversas tácticas en función de si los contrincantes eran caballeros, bárbaros de los confines (celtas o bálticos) o musulmanes. Con todo, los caballeros no eran los únicos que participaban a caballo en las guerras, un creciente número de mercenarios comenzó a limitar cada vez más el reclutamiento feudal caballeresco como fuente de abasto de guerreros.

El libro de Flori es en esta parte no sólo un texto sobre caballería, sino un manual indispensable para conocer otros aspectos de la guerra: el papel de la infantería, de los zapadores e ingenieros constructores de maquinarias para sitiar fortalezas; la evolución y uso de armas, armaduras y diversos tipos de cabal-

gaduras; la función utilitaria, lúdica y de entretenimiento que tenían los torneos, y sus semejanzas y diferencias con la guerra; la finalidad económica de ésta por la obtención de botín y de prisioneros cuya liberación requería un rescate; la existencia de leyes y códigos que regulaban las actividades de los guerreros.

En la tercera se hace referencia a la ideología que generó este grupo, vinculada tanto a la literatura que modelaba las formas de comportamiento, como al papel moralizador de la Iglesia, que introdujo sus valores como parte de la formación de los jóvenes caballeros. Todo esto tendió a humanizar la concepción de la guerra en Occidente. Sin embargo, al mismo tiempo la Iglesia comenzó a conformar una teología de la guerra: primero para justificar la violencia contra los enemigos del cristianismo, y después para limitar las fechorías de los cristianos contra los monasterios por medio de la excomunión y de las instituciones de paz, como la tregua de Dios, pues muchos señores pretendían tener derechos sobre los bienes de las abadías. La limitación de las guerras salvaguarda tanto a la Iglesia como a sus siervos

Al principio la Iglesia prohibió al clero tomar las armas, aunque algunos obispos y el mismo Papa participaron en combates. Todavía en el siglo XI los guerreros debían hacer penitencia por haber derramado sangre durante las batallas, pero a la larga no sólo se despenalizó la participación en la guerra, sino incluso se premió la violencia contra los enemigos de la fe con promesas celestiales. Sin embargo, hacia el interior de la cristiandad la Iglesia promovió un ideal que obligaba a los caballeros,

por medio de promesas y rituales, a defender a los débiles y a los eclesiásticos. Los ideales morales de la Iglesia estaban muy lejos de la realidad, y de hecho no pudieron eliminar otros aspectos que la caballería comenzaba a tomar de la cultura cortesana, aquellos relacionados con la mujer y con el amor.

Para el siglo XV la caballería atravesaba por una crisis. Marginada por los mercenarios —que ya formaban el grueso de los ejércitos en las monarquías— se refugió en los aparatos de representación que se volvieron más ostentosos que nunca. Blasones, investidas, cacería con halcones, la práctica de ciertos juegos eran signos distintivos de nobleza más que las propias hazañas guerreras; el culto a un pasado remoto en el que la caballería era perfecta, a una edad dorada representada por el mito artúrico o por los héroes de la cruzada, convertía el presente en un pálido reflejo de aquel ideal. Esa nostalgia del pasado, que exaltaba una ética guerrera y un sentido del honor, convivía con la brutalidad y la rapiña propias de todas las guerras y con la vanidad y mundanidad de las cortes aristocráticas.

Esos valores seguían vivos en el siglo XVI, aunque los torneos se habían convertido en juegos de cañas y las investidas habían dado paso a un descarado y poco cristiano afán de enriquecerse con el botín de guerra y con los despojos. Cuando leemos textos como *Los libros del conquistador*, de Irving Leonard, y descubrimos que esos hombres que pasaron al nuevo mundo leían novelas de caballería, podemos entender muchas cosas de la mentalidad que muestran sus actos y escritos.